

Vladimir Carrillo Rozo

**"TENEMOS UNA SEGUNDA  
OPORTUNIDAD BAJO LOS  
CIELOS DE LA TIERRA"**







**Vladimir Carrillo Rozo**



**TENEMOS UNA SEGUNDA  
OPORTUNIDAD BAJO LOS  
CIELOS DE LA TIERRA**

**Apuntes breves sobre psicopolítica**



Título: Tenemos una segunda oportunidad bajo  
los cielos de la Tierra

(apuntes breves sobre psicopolítica)

© 2022, Vladimir Carrillo Rozo

©Imagen de la portada: Helberth Meléndez Carrillo

[info@kercentralmagazine.org](mailto:info@kercentralmagazine.org)

Publicado por Kercentral Magazine

Colección Pensamiento y crítica cultural

1ª edición (2022)

ISBN-9798846615342

Todos los derechos reservados

*A los maravillosos seres que nos acompañaron y dieron un  
amor incondicional durante tantos años,  
la Negra rockera, Sabina, Candela y Viru,  
por hacer al mundo más dulce y luminoso,  
por enseñarnos tantas cosas.*

*Esta segunda oportunidad es para ella... la niña  
arhuaca. Niños y niñas, tenemos una segunda oportunidad  
bajo los cielos de la Tierra.*

(Gustavo Petro, durante su discurso de posesión como  
presidente de la República de Colombia)

## **Índice**

Introducción 13

### **Capítulo 1**

Una tiránica obligación de ser feliz 21

### **Capítulo 2**

Tenemos una segunda oportunidad bajo los cielos de la Tierra (un problema psicopolítico) 29

### **Capítulo 3**

Psicología política 51

### **Capítulo 4**

La tribu de los armarios andantes 93

### **Capítulo 5**

Psicología de la comunicación política 117

### **Capítulo 6**

Elementos aplicables de Teoría crítica 151

### **Capítulo 7**

Utilidad práctica para el pensamiento simbólico 173

Referencias bibliográficas 206

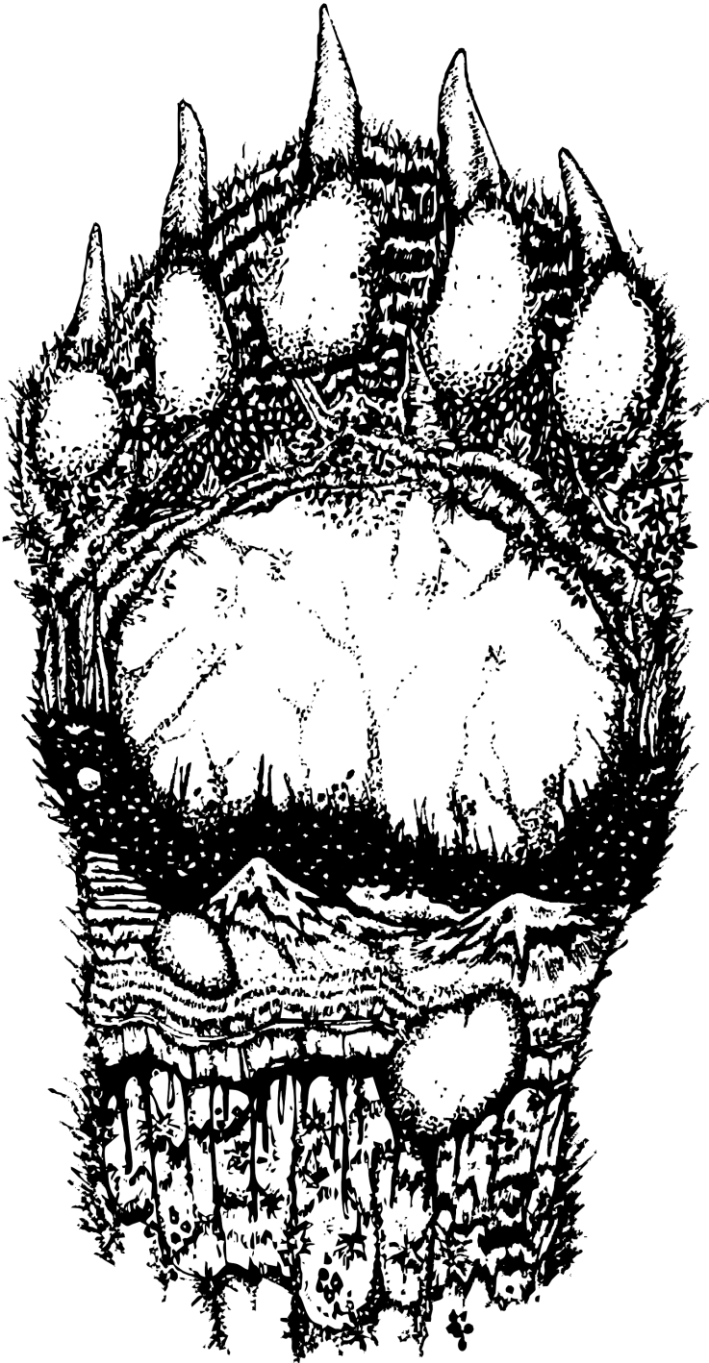


## **De la imagen de la portada: *Mano de oso de anteojos***

La crisis social, económica, energética, alimentaria, ambiental, entre muchas otras que enfrentamos como comunidad, puede resumirse en una crisis de la civilización global. El continuo deterioro ambiental, entendiendo lo ambiental como los vínculos entre lo humano y el planeta Tierra en su complejidad, nos ha demostrado que la vida bajo la dinámica del modelo socioeconómico actual es insostenible para todos y todas. La crisis es consecuencia de la homogenización del pensamiento y la pérdida de los lazos entre la tierra, los hombres y las mujeres. La notoria desarticulación de los ciclos de la vida pone de manifiesto que los tejidos comunitarios han sufrido una fractura severa. Así como la naturaleza ha sido desnaturalizada en todo su significado y sentido profundo de la vida, también los cuerpos han sido desterritorializados.

La *Mano de oso de anteojos* hace parte de una serie de ilustraciones resultado de caminares y palabreos entre distintos procesos territoriales, que sostienen y construyen una esperanza hacia atrás para afrontar la crisis que atravesamos desde la colectividad y la autonomía. Un mundo muy otro ya está caminando la tierra, para ver nacer el mañana otra vez.

*Helberth Meléndez Carrillo*





## Introducción

No soy un hombre que conserve la enorme fortuna psicológica de una fe inquebrantable en que existe un plan secreto donde el universo codifica un orden, que no comprendemos sencillamente porque no tenemos una visión de conjunto. Desprendido de lo anterior, tampoco creo en la suerte. Aunque sí en ese “tipo de suerte” que se puede construir en base a las buenas costumbres, actuaciones honestas y el amor al conocimiento y las libertades. Sin embargo, la anterior no es una creencia demasiado excesiva, he visto (todos lo hacemos) muchas injusticias como para pensar que hacer lo correcto siempre te conduce a eso que entendemos como “felicidad” o la “libertad en afortunada contemplación”.

Pero un día escuché un discurso investido de la formalidad y la dignidad, ataviado por esa aura fantástica que solo se logra en las playas blancas y sin remanso del poder, algo que me provocó un estremecimiento duradero que no terminaría incluso en la reflexión cruda que otorga el materialismo y la tradición crítica. En aquel discurso, Gustavo Petro, nuevo presidente de la República de Colombia, lanzó un desafío en ese filo de lo político que se toca con lo literario, algo que impactó en el centro del imaginario popular de toda habla hispana, que no dejó un ápice de indiferencia, propuso romper la maldición arrastrada por la sagrada estirpe de los Buendía: *Así acababa Cien años de soledad: “Todo lo escrito en ellos*

*era irreplicable, desde siempre y para siempre. Porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la Tierra.” (...) Hemos sido muchas veces en nuestra historia enviados a la condena de lo imposible, a la falta de oportunidades, a los no rotundos. Quiero decirles a todos... que hoy empieza nuestra segunda oportunidad...*

*Niños y niñas... tenemos una segunda oportunidad bajo los cielos de la Tierra,* se dijo más adelante. De repente, por el milagro de la conciencia social y la ilusión callejera y fiestera, las gentes de una esquina perfumada de América del Sur reclamaban la segunda oportunidad que no tuvo la estirpe del coronel Aureliano Buendía. Una estirpe, todos nosotros y nosotras, que podríamos conjurarnos para derrotar la condena, una segunda oportunidad luego de los cien años de soledad, sin esplendor funerario, sin viento que arranca los cimientos, sin amores que ponen fin a todo, sin cólera, un instante descifrado donde el dolor podía desaparecer del corazón.

Y, milagros de la palabra, imaginar otro futuro fue posible. ¿Es que soñar con una vida o un mundo distinto volvía a ser una actividad respetable en la *verdad* de lo pragmático y la felicidad obligatoria, en el mundo de la guerra y el pánico por la crisis climática? Pues así parecía. Claro, toda certeza tiene su revés, toda idea luminosa tiene su versión de miedo. Pensar y actuar conservando una narración equilibrada entre la emoción y la razón es una cuestión mucho más difícil de lo que parece, nunca deja de ser un ejercicio psicológico y político. Las diferencias de conducta entre nosotros y nosotras y ante los momentos

importantes de la existencia tiene mucho que ver con pensar claramente aún en medio del arrojito, el dolor o el amor. Es decir, esta existencia humana suele colocarnos con frecuencia ante dilemas (que en realidad no son más que el acumulado crítico de acontecimientos encadenados), muchos de éstos se presentan o representan como reveses, golpes del vivir (no de aquello a lo que tercamente llamamos “destino”) o bofetadas que simplemente nos dejan en el sitio y sin entender lo que acaba de ocurrir. Pasa continuamente, en múltiples casos quedamos con el rostro desenchajado de quien no entiende, como si fuéramos un personaje literario, una profesora de escuela a quien piden reemplazar a un profesor imaginario, un maquinista de tren al que le ordenan cubrir una ruta inexistente. Porque, aceptémoslo de una vez, ¿hay algo más auténticamente literario que la cotidianidad humana, sobre todo en sus momentos bajos? En suma, si tuviéramos que destacar uno que otro elemento profundo de la psicología social presente en las sociedades hispanas tal vez tendríamos que decir que somos todo arrojito y heroísmo, para lo bueno y lo malo, pero cuando llega el “cortocircuito”, el revés, el golpe... emerge un desgarrador desfallecimiento, el temor (sobre todo al futuro) y una suerte de predisposición a la adversidad.

Miguel de Cervantes, Unamuno y Gabriel García Márquez están entre los portentos de la venerable lengua castellana que entendieron este sino de nuestro andar por el mundo. Este carácter hispano tocado con la gracia de la diversidad cultural y la dignidad de la mezcla tiene un rasgo común a ambos lados del Océano Atlántico: una

persecución maniaca de la felicidad (de una más bien extraña imagen de la felicidad) que nos lleva a elegir “cosas” que ocupan el centro de todo, pensando que éstas tienen el secreto de dicha felicidad. Una actividad competitiva si eres un deportista o un empresario de éxito, la manifestación profunda si eres músico o pintor, el manuscrito definitivo si eres escritor, la familia o el enamoramiento si nos ponemos psicoanalíticos. En efecto, tendemos a convertir el “algo X” de nuestras vidas en el centro de todo, asumiendo hacia ese X una postura de damas y caballeros andantes, de últimos guerrilleros de la Modernidad o de románticos en busca del secreto de la inmortalidad y comunión total con la naturaleza. Pasando por alto que, románticos o andantes, esa persecución de la felicidad a través de “eso” que pusimos en el centro de todo requiere una dosis considerable de ingenuidad y alucinación. Nos ejercemos sobre esa variable X, insistiendo en convertirla en constante dentro de la ecuación de la vida de cada uno y cada una. Así las cosas, tanto los fracasos como las batallas ganadas nos cuestan igual, habitando entre la genialidad y la mediocridad, como en Unamuno, un sentido trágico tachona las vivencias del que persigue la felicidad con sentido infantil. Y, claro, lo anterior se ve agigantado en estos tiempos de desublimación represiva y confusión ideológica.

Porque somos esa *tribu de tribus* hispanas que buscan la felicidad simbolizando, o más bien restringiendo, todo a la X. Pero esa X, como cada artificio del mundo, puede fallar el día menos pensado. El partido puede perderse, el proyecto fracasar, la obra artística no ser comprendida... el

amor de la vida puede llegar a su fin. Es entonces cuando quedamos como el maquinista de una vieja locomotora condenada a un viaje imposible, por unas vías que de inexistentes ya están viejas y oxidadas. Puede que con algún Buendía en los desvencijados vagones de pasajeros, a punto de comprender que su condena le negará segundas oportunidades; un Quijote con la melancolía en los ojos a punto de tener unos minutos de cordura en medio de la alucinación y la persecución amorosa de la utopía.

Ahora bien, ¿dónde nos deja lo anterior? Entre otros estados de indefinición extraña y literaria, nos arroja a la infelicidad, a la ansiedad, al temor... En las ciencias sociales se sabe bien que una segunda oportunidad bajo los cielos de la Tierra es una cuestión de voluntad, trabajo (también psicológico) y perspectiva. Las victorias duraderas, aquellas que dan la impresión de cambio histórico, requieren del aprendizaje que solo dan los muchos fracasos; algunos de ellos consisten en explorar con mayor profundidad lo que, de hecho, significan cuestiones como la felicidad o la libertad.

Quizá fue por todo esto, el hecho fue que el discurso del presidente Petro se me atravesó en el corazón. No fue una “simple” identificación ideológica (nada de “simple”, naturalmente). Fue una crónica que me cruzó la cabeza y la piel, la academia y los gritos de la calle, la risa ancestral y la adversidad occidental, las mágicas sabanas y las anchuras sagradas de Castilla, cuyos desafíos de ascendencia literaria me parecieron de una altura mayúscula y perfectos para un momento definitivo. Una segunda oportunidad para los Buendía, todos nosotros y



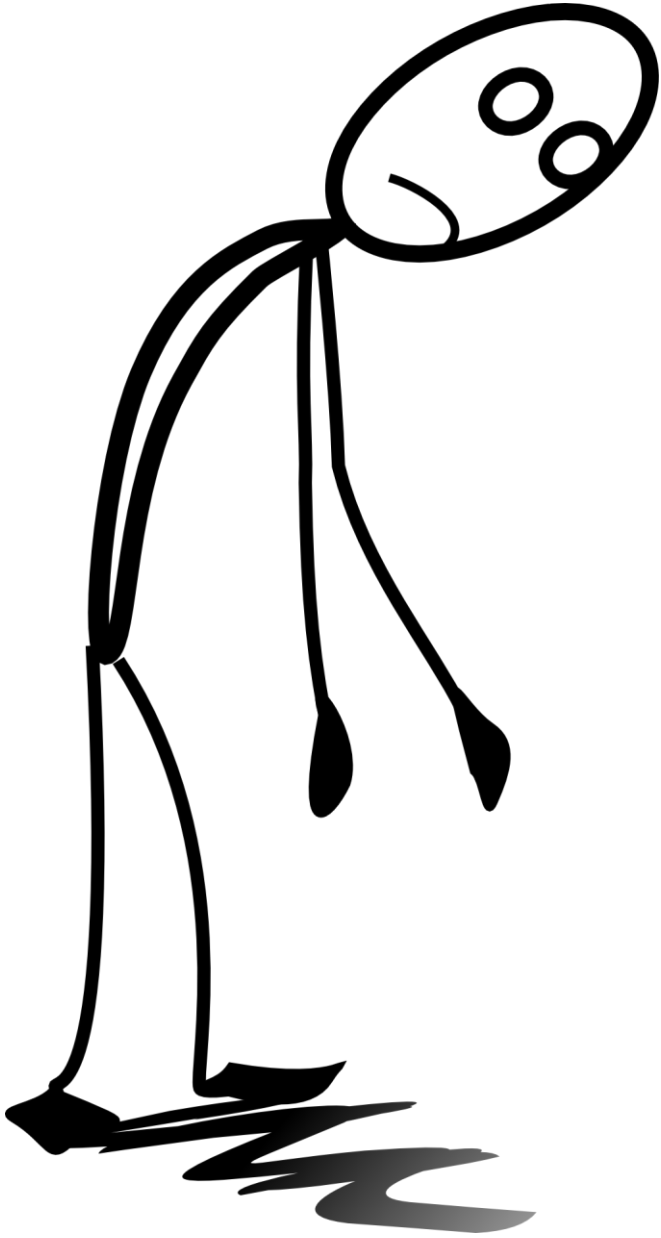
nosotras, era un programa de profundidad psicopolítica, era emanciparnos de varios y perversos mandatos posindustriales, entre ellos la obligación de la felicidad que pretende anestesiarlos de dolores que deben ser enfrentados, reconciliados y sanados. El discurso no prometía la felicidad, pero sí proponía el único camino que nos hace merecedores de la deseada segunda oportunidad: el enfrentamiento del dolor, la reconstrucción sin renunciar a la memoria y el reconocimiento y la legitimación (es decir, repensar lo que ya es un viejo problema de la dialéctica). El contenido de esos ecos lejanos me llegaba hasta Madrid como la representación de una reparación simbólica, crítica y psicoanalítica, política y cultural.

Así, en este breve ensayo me tomo la libertad de ensamblar una serie de argumentos que se pronuncian contra las ideas actualmente extendidas sobre la felicidad y la libertad.

Frente a la expansión de relatos sobre la autorrealización y la mejora personal, ¿qué mejor que volver a situar nuestras aspiraciones clásicas (como la emancipación) en sus latitudes originales, la Psicología y la Filosofía?







# Capítulo 1

## Una tiránica obligación de ser feliz

Claro, para seguir hablando de lo expuesto en la anterior introducción tenemos un argumento, que se me antoja demoledor, en lo que el filósofo Byung-Chul Han definía, aproximadamente, como la obligación posindustrial y digital de ser feliz. Me caben pocas dudas de que existe una conexión entre el resquebrajamiento de los grandes mitos del relato capitalista con esa especie de amnesia y adormecimiento que implica nuestra alergia al dolor o sufrimiento que puede acompañar a la textura misma de la realidad.

Entiéndase por esos mitos, por ejemplo, que el crecimiento puede ser infinito, que existe una suerte de Gran Otro mega-regulador (el mercado), que el interés individual es representación del interés colectivo y que el sujeto puede alcanzar la plenitud vital en los dispositivos del consumo. Asistimos a grandes discursos colmados de sentido positivo que invitan a una especie de “atrevimiento” a la felicidad a través de modelos de motivación, superación personal, autorrealización, etc.

Pero lo que ocurre es que esta positividad extrema no sería del todo posible sin el silenciamiento de todos aquellos momentos de la existencia cotidiana que involucran una u otra dosis de dolor, fracasos y pérdidas. Incluso, la propia obligatoriedad posindustrial de la felicidad necesita con frecuencia desplegarse y

simbolizarse en objetos, es decir, la imagen clásica de la mercancía y todo lo que ésta simboliza.



*Diversos científicos sociales llevan años reflexionando si no es más “sana” la conciencia de la obediencia, el dominio (que no se confunde con libertad) y el dolor desprendido de vivir y ver vivir a los otros que la actual obligación de ser feliz.*

Así que el llamado a la felicidad típico del momento histórico es, en gran medida, una perturbada estrategia de dominación. No vemos otra cosa que la dicotomía belleza y fealdad, el bien y el mal, el sufrimiento negativo y oscuro frente a la felicidad positiva y luminosa. Conviene no caer en la inocencia cuando se piensa en estas cuestiones, la

persecución de la felicidad por medio de dispositivos de superación, autorrealización o aquellos que buscan auto-optimización refuerzan una situación de dominio cultural y psicológico.

Efectivamente, vemos el principal síntoma de lo anterior en que tendamos a considerar las libertades como algo evidente y totalmente conquistado y que, de hecho, pensemos en la felicidad o la plenitud vital como algo “técnico” absolutamente objetivable.

En otras palabras, nuestra subjetividad no es consciente de que los mandatos típicos de la sociedad actual impiden entender los recovecos por donde transita la situación anímica, así que millones experimentan la devastadora sensación de no conseguir la felicidad obligatoria vía autoexplotación, la trivialidad y en esta apatía conformista...

[SIGA LEYENDO....](#)